FRIGIEL Y FLUFFY

Los prisioneros del Nether

BASADO EN EL UNIVERSO MINECRAFT

Frigiel y Nicolas Digard

Planeta Junior

Los prisioneros del Nether

Frigiel y Nicolas Digard

Planeta Junior

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

© 2017 de la edición original en francés: Slalom, un sello de Place des Éditeurs, 12 avenue d´Italie, 75013, París, Francia
Título original: *Frigiel et Fluffy - Tome 2: Les prisonniers du Nether*
Traducción: Traducciones Imposibles, 2018

Primera edición: enero de 2018
ISBN: 978-84-08-18106-4
Depósito legal: B. 26.025-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

«Minecraft» es una marca registrada de Notch Development AB.

Este libro es una obra de ficción y no está autorizado ni promocionado por Mojang AB ni por ninguna otra persona o entidad propietaria de los derechos del nombre, de la marca o del copyright Minecraft.
Los otros nombres, personajes, lugares y tramas son o bien inventados por el autor o usados de una forma ficcional.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

—¡Cabeza de gólem! —gritó Abel—. ¡En serio, ya están empezando a tocarme los bloques!

Al final del callejón se tambaleaban las siluetas de otros dos zombis. Tuvo la mala idea de llegar a Puaba por la noche después de dejar a Frigiel y a Alice en la montaña. Acababa de pasar la muralla derribada y cuatro muertos vivientes ya le estaban dando la bienvenida y lo seguían por toda la ciudad. Sus gruñidos resonaban a su espalda. Incluso oía la gravilla rodar bajo sus pies mientras se acercaban a él. Y ahora,

estos dos que le cortaban el paso. Abel estaba atrapado.

La pared de la casa de la derecha era de ladrillos. Sacó el pico de piedra que había hecho apresuradamente cuando bajaba por la dorsal de Vinmarcq, rompió cuatro bloques de la pared y se coló dentro. Frente a él, el rectángulo azul de una puerta abierta se realzaba en la oscuridad de la habitación. Se precipitó y salió a una calle escalonada que subía hasta un puente desintegrado por el ataque del Dragón del Fin.

—Destruido —se dijo mientras bajaba los escalones a paso ligero—. Debería habérmelo imaginado.

La criatura había dejado las murallas de Puaba en tal estado de deterioro que cada noche una horda de zombis asediaba la ciudad.[1] Abel hizo rápidamente

---

1. A los zombis les gustan las puertas. Hemos observado que un pueblo de más de 10 puertas atraía a una media de 20 zombis por noche. ¿Por qué? Hay dos razones: una puerta es el símbolo de una vivienda, donde se encuentran posibles aldeanos indefensos, y los zombis, que saben cómo destruir las puertas pero no las paredes, parecen haber desarrollado un sentido especial que les permite «sentirlas» (concretamente este tipo de puertas, ya que veremos que las puertas de valla los dejan indiferentes). Sin embargo, no sabemos por qué acude el doble de zombis que de puertas y ningún sabio aborda la verdadera cuestión de este asunto: «¿Viven los zombis en pareja?». (*Enciclopedia del Saber Aproximado*, de Morgon el Erudito, p. 1.023.)

los cálculos. En Puaba habría unas tres mil casas, por lo que habría unos seis mil muertos vivientes vagabundeando por las calles. Detrás de él, uno de los que lo perseguían ya apoyaba su brazo esquelético en el marco de la puerta. La escalera se adentraba en la parte baja de la ciudad, hacia la muralla derribada, la noche y sus monstruos.

—Esto no va bien —pensó Abel volviendo la cabeza, esperando ver un callejón que le permitiera volver a la parte alta.

A su izquierda, las casas daban paso a un barranco cuya oscuridad ocultaba el fondo. La escalera zigzagueaba, apoyada contra el gran edificio negro de la derecha. Se adentró. Mientras llegaba a la mitad de este tramo particularmente descubierto, otros tres zombis aparecieron unos escalones más abajo. Lo sintieron de inmediato y empezaron a subir hacia él. Abel volvió la cabeza. Otros seis llegaban por arriba. Alzó su pico y dio un gran golpe en la pared del edificio flanqueado por la escalera y el vacío. Esta se rompió. Entrecerró los ojos en la oscuridad y tocó la piedra.

—¿De obsidiana? ¿En serio?

Tenía que ser un edificio oficial. Seguramente sería el almacén de TNT y pólvora de los guardias de la Luz.

Para este tipo de edificios se suele elegir esta piedra negra resistente a las explosiones.

Mientras tanto, los zombis se acercaban. Seis por un lado y tres por el otro. Como es lógico, Abel le había dejado la espada de su padre a Frigiel y había preferido hacer un pico en vez de un arma.

—¿Es que te falta un bloque o qué? —se dijo golpeándose la frente.

Sacó una antorcha de la mochila. A los zombis no les gusta el fuego y quizá, si se enfrentaba al grupo de tres, podría empujarlos y pasar. La escalera los obligaba a aparecer de uno en uno.

Bajó unos escalones. Los muertos vivientes emitían un gruñido de felicidad a cada bloque que subían. Parecían sentir el miedo de Abel y lo disfrutaban de antemano. El de Taranka miró tras él. Los otros seis se acercaban muy rápido y el pánico se apoderó de Abel. Se vio oprimido por las criaturas. ¡Morir así era demasiado ridículo!

Alargó la antorcha delante de él. A los zombis solo les faltaban dos escalones para alcanzarlo.

Y, entonces, una puerta secreta se abrió en la pared de obsidiana y golpeó a los muertos vivientes en la cara. Abel los oyó gruñir de sorpresa y rodar hacia la parte baja de la ciudad.

Apareció la cabeza de un guardia de la Luz y este le hizo señas.

—¡Ven! ¡Rápido!

Abel sintió cómo una mano fría se le apoyaba en el hombro. Los seis zombis que venían de la parte de arriba lo habían alcanzado. Así pues, sin esperar una respuesta, el guardia lo cogió por la manga y lo arrastró adentro. La puerta se cerró sobre el brazo del muerto viviente con un chirrido de pistón y un crujido de huesos podridos.

Delante de Abel había dos soldados: uno pequeño y paliducho, con bigote, y uno grande con la piel tan negra y los ojos de un azul tan profundo que parecía un enderman. Abel los reconoció inmediatamente. Sintió que el corazón se le salía del pecho. Eran los dos guardias que los habían recibido a Frigiel y a él a la entrada de la ciudad. El del bigote sacó una hoja de papel y la miró atentamente.

—No es él —dijo.

—Pero lo conocemos —dijo el otro.

El enderman levantó la antorcha a la altura de la cara.

—¡Vaya, si es el hijo de Deryn Swale!

Miró a su compañero entusiasmado. Después dio una palmada en el hombro a Abel.

—¡Cómo nos alegramos de verlo, señor Swale! ¡Creíamos que habría muerto en el ataque del dragón! Es crucial que lo llevemos a ver al coronel Niditch. Necesitamos a todos los hombres disponibles.

Abel quiso protestar, decirles que no estaba allí para entrar en la Casa de las Luces sino para ayudar a la reconstrucción, pero el bigotudo lo interrumpió:

—¡Ah, sí! ¡Claro que sí! —repetía con una gran sonrisa—. El coronel se va a alegrar. ¡Se va a alegrar mucho!

Lo invitaron a que los siguiera por el pasillo.

—Venga, los otros nos esperan.

El pasillo conducía a un gran salón. Dos guardias con antorchas dirigían a un puñado de personas a las que habían salvado del asedio de los zombis.

Otros dos llenaban unas grandes bolsas con el TNT que había en las estanterías y con la pólvora que tenían guardada en los cofres.

—Me llamo Clogatorvis, pero todo el mundo me llama Clog —le dijo a Abel el que parecía un enderman.

—Yo soy Yuk —dijo el del bigote.

—Solo tiene que seguirnos, señor Swale. Nosotros le acompañaremos a la Casa de las Luces. Ahora mismo es el único lugar seguro de la ciudad.

Yuk y Clog encabezaron el grupo, guiándolo con una tranquilidad increíble. Abel vio que habían asegurado el camino que llevaba a la academia militar. Habían bloqueado las calles con puertas de valla de madera. Tras ellas se amontonaban decenas de zombis, caminando sin moverse, totalmente incapaces de entender lo que les pasaba.[2]

Abel vio que la Casa de las Luces, hecha también de obsidiana, había resistido sorprendentemente a las bolas de fuego del Dragón del Fin. Las casas de alrededor no habían tenido la misma suerte. Solo quedaban restos carbonizados. En el gran patio de la academia habían montado cabañas de madera de emergencia. Ahí es donde habían alojado a todas las

---

2. Se desconoce por qué los zombis son incapaces de destruir las puertas de valla mientras que derriban las puertas normales con evidente placer. Tengo mi teoría sobre este asunto, claro está: los zombis son como un hombre cuyo único centro nervioso fuera el estómago. Por eso tienen el olfato tan desarrollado. En cambio, sus otras terminaciones nerviosas, consumidas por la descomposición, son totalmente inútiles. No ven más allá de su nariz (si la tienen) y no sienten dolor. De modo que, bloqueados por una puerta de valla, sus piernas no perciben el obstáculo y sus ojos son incapaces de verlo, por lo que siguen caminando sin moverse como cabezas de yunque y no nos quejamos porque no es habitual que nos hagan reír. (*Enciclopedia del Saber Aproximado*, de Morgon el Erudito, p. 1.023.)

personalidades de la ciudad. Los más pobres tenían que conformarse con las camas, pegadas unas a otras, dispuestas en el comedor y en el gimnasio.

—¡Por aquí! —dijo Yuk.

Se adentraron por una escalera oscura. Abel se quedó pasmado por la cantidad de soldados que había en el piso de arriba. Había casi tantos como refugiados. A juzgar por sus armaduras, la mayoría no eran guardias de la Luz. Vio a los arqueros de las sabanas de Solena y a los artificieros de las estepas ardientes. Venían de todos los rincones del reino. Incluso reconoció a los famosos exploradores de la jungla de Taranka.

—Y el propio rey está en camino —susurró Clog, adivinando lo que estaba pensando.

—¿El rey? ¿Por qué?

—¡Por la campaña, señor Swale!

—La campaña del Nether —añadió Yuk.

Abel quería hacer más preguntas, pero ya estaban entrando en el despacho del coronel. En la puerta todavía había una placa con el nombre del general Nergal. Su sucesor era un hombre canoso y tan pequeño que Abel se preguntó si alguna vez habría pisado un campo de batalla. Se encontraba sentado detrás de su escritorio de losas de madera, que pare-

cía demasiado grande para él, y ni siquiera se molestó en mirar a Abel. El mueble estaba lleno de papeles que el taranquino intentó descifrar mientras esperaba que acabara lo que estaba haciendo. De repente se quedó boquiabierto. Entre las hojas, reconoció la letra de su padre. Una carta.

—¿Señor? —dijo el coronel, visiblemente molesto por la curiosidad de Abel.

—¡Deryn Swale! —dijo Yuk.

—Abel Swale —corrigió el taranquino—. Su hijo.

El oficial dibujó una gran sonrisa. Se levantó y rodeó el escritorio para saludarlo.

—¡Pero bueno! —dijo cruzando sus pequeños brazos en la espalda—. Encantado, señor Swale, soy el coronel Niditch. ¡Le estábamos esperando!

—En cuanto a eso, me gustaría...

Niditch levantó la mano sin darle tiempo para explicarse.

—Disculpas aceptadas. Son tiempos difíciles y nos alegra que se haya unido a nosotros para servir al reino. ¡El rey Lludd Law le necesita!

—Pero, mi coronel, yo no he...

—No sea tan modesto, Swale. El rey está en camino. Para él será un gran honor tener en su ejército al hijo de un guerrero tan formidable como su padre.

El coronel se volvió hacia el escritorio y cogió una hoja que le dio a Abel.

—¿Conoce a este hombre?

Abel se estremeció. Era un documento oficial en el que aparecía dibujada la cabeza de Frigiel. El dibujo no era del todo exacto, pero se reconocían perfectamente sus grandes ojos azules y ese pelo suyo que parecía como si lo hubiera peinado la explosión de un creeper. El joven estaba tan abrumado que solo pudo sacudir la cabeza.

—No te fíes de la cara de inocente de este chico. Se llama Frigiel y es un mago de la peor calaña.

—¿Un mago? —se ahogó Abel, que no se podía imaginar que su amigo pudiera pertenecer al grupo que tanto odiaba su padre.

—Exacto. Según la información que hemos recibido, él fue quien ayudó a escapar de la prisión al infame Askar Raug.

Abel sintió que le temblaban las piernas. ¿Le faltaba un bloque al tal coronel Niditch o qué? Cuando Askar escapó, cuatro años antes, ¡Frigiel solo tenía once años!

—A mí también me sorprendió —dijo Niditch al ver la confusión del taranquino—. Pero esto no acaba aquí. Este Frigiel tiene un cofre que haría palidecer a

SE BUSCA

un esqueleto wither. Siguiendo el plan de Askar Raug, robó un cofre maléfico para atraer al Dragón del Fin hasta Puaba. ¡La Casa de las Luces era su objetivo y quería acabar con nosotros para que Askar pudiera pasearse libremente por nuestras ciudades y nuestros jardines! El valiente general Nergal trató de detener esta locura, pero ese peligroso individuo lo asesinó fríamente. Seguramente Frigiel lo golpeó por la espalda, porque era uno de los mejores guerreros del rey.

Abel tuvo que sentarse en un bloque de madera. El coronel de la Casa de las Luces le había contado un montón de rumores como si fueran hechos probados. Su discurso se basaba en tantas mentiras que el de Taranka no se imaginaba cómo el oficial podía creérselo.

—Pero sabemos dónde se esconde —siguió Niditch—. Y agárrese, Swale: el rey viene de camino ahora mismo con su bloque de la nada para acabar lo que había empezado. Histórico, ¿verdad? Imagínese, un pastor de la dorsal ha visto al Dragón del Fin sobrevolar los pastos de verano donde pasta su rebaño y ha seguido a la bestia. Nunca se creería lo que ha descubierto.

Abel tragó saliva.

—Por el Wither[3] —se dijo—, espero que Alice y Frigiel estén bien o...

—¡Un portal! —gritó el coronel—. ¡Un portal del Nether en funcionamiento! ¡Este Frigiel tiene que venir de allí!, puesto que hay magos que han sobrevivido a su exilio al Nether. Y por esa razón el rey está en camino. Para acabar con esa gentuza que...

Abel sacudió la cabeza. Todo esto era demasiado difícil de digerir.

—Pero.... —balbuceó—. Creía que habían exiliado a los magos a Tierras Lejanas.

El coronel se echó a reír, y Yuk y Clog lo imitaron.

—Pero, Swale... ¡Esa historia de Tierras Lejanas es para el populacho! ¡Claro que no enviamos a los magos a Tierras Lejanas, de ser así habrían vuelto enseguida! ¡No! ¡Los metimos en el Nether, rompimos todos los portales y adiós muy buenas!

Yuk y Clog se echaron a reír.

---

3. Algunos supersticiosos creen que basta con decir la expresión Por el Wither para invocarlo... Es completamente falso. A este horripilante esqueleto tricéfalo que se mueve volando como un espectro hay que invocarlo, pero yo no os diré cómo (hay niños leyendo). Dos cosas son ciertas: no aparece si pronunciamos su nombre y, si aparece, no intentes discutir con él porque se dice que es más espeluznante aun que el Dragón del Fin. (*Enciclopedia del Saber Aproximado*, de Morgon el Erudito, p. 1.702.)

Abel miraba al coronel con los ojos desorbitados. Pese a todo el odio que su padre le había inculcado contra los magos, no pudo sentir ningún regocijo ante aquella idea. ¿Habían llevado a familias enteras a esa dimensión infernal? Nunca había oído algo tan vil. ¡Y fue idea de Lludd Law, el rey, el héroe de su infancia!

—¿Va todo bien? —le preguntó Niditch, preocupado.

Abel miraba al vacío, aturdido, incapaz de pronunciar la más mínima palabra.

—Estará cansado, mi coronel —prosiguió Clog—. Lo hemos encontrado cerca del almacén, lo seguía una decena de zombis.

Furioso, Niditch cogió al soldado por el cuello.

—¡¿Y ahora me lo dices?! ¡Ve ahora mismo a buscar una habitación para el señor Swale!

Cogió a Abel del brazo y lo acompañó hasta la puerta del despacho.

—Disculpe a mis soldados por su incompetencia, señor Swale. Estamos encantados de que se una a los guardias de la Luz. Pero por ahora, tiene que descansar. Está pálido...

Abel se dejó guiar por los pasillos.

Avergonzados, Yuk y Clog le lanzaban miradas furtivas y suplicantes, pero el taranquino no las veía.

La duda se había apoderado de él y no podía ignorarla. Lo que el coronel le había contado de Frigiel no tenía nada que ver con lo que él había vivido... ¿Podía creerse el resto? ¿De verdad su padre había participado en este exilio mortal? ¿Era el rey tan heroico como decían? ¿Y estos guardias de la Luz realmente protegían a la población si la estaban sometiendo al poder de un mentiroso? A cada paso que daba, le parecía que su mundo se derrumbaba un poco más.